

La trayectoria agustiniana en el descubrimiento del valor de la fe.

Es en el segundo libro de *Contra los académicos*, concretamente en el párrafo quinto del capítulo segundo, en donde se encuentra la primera referencia que Agustín hace a la religión cristiana. Ésta forma parte de una interesante exposición, en la que trata de explicar a su amigo Romaniano, a quien dedica la obra, la fuerte conmoción causada por unas lecturas, que le han dado alas para hacer frente al escepticismo de su admirado Cicerón y a sus considerados maestros académicos.

En las *Retractationes*¹ explica cómo con esta obra pretende remover todas las argumentaciones que usan los académicos de la escuela platónica de Carnéades, cuya doctrina Cicerón recoge en su *Academicos*, dado que quitan a muchos la esperanza de encontrar la verdad, e inhiben al sabio de dar su asentimiento a cualquier cosa y de llegar a una declaración de evidencia y de certeza sobre algo.

En realidad, son dos tipos de lecturas a las que se refiere en la exposición, que pasa a describir secuencialmente a través de dos modelos de relatos diferentes. Se puede apreciar, tanto en la forma de presentar dichas lecturas como en su contenido, las diversas descripciones que hace de sus autores, y las distintas respuestas suscitadas delante del gran poder de atracción que ambas ejercieron sobre él. Al mismo tiempo, también se puede considerar la importancia singular que tuvieron en su vida, pues una y otra le llevaron a terminar de superar tanto los prejuicios contra la autoridad de la Iglesia católica, con los que el maniqueísmo había seducido su inquieto corazón juvenil en busca de la verdad, como las dudas a las que le llevaron sus deficientes explicaciones filosóficas, y el acusado poder inhibitor del academicismo escéptico. Por un lado, llega hasta donde la propia razón le permite llegar en su busca de la verdad y, por otro, hasta donde la misma verdad se ha querido dar a conocer a través de la fe. Formula, de esta manera, un verdadero binomio inseparable, con el cual consigue expresar el relevante papel de la propia razón y de la fe.

En el primer relato, pues, Agustín se refiere a la lectura de unos libros en plural, denominados de una forma genérica como platónicos, sin especificar cuántos, ni mencionar títulos o autores. Compara el resultado que estos libros le provocaron al efecto seductor y exuberante de un excitante y precioso unguento de estimable valor. Pues con poquísimas gotas de su irresistible esencia le llevaron a un estado delirante, semejante al que se siente con el dúctil olor de un penetrante perfume que, por el cuadro descrito, parece haberle sensibilizado tan hondamente que ha suscitado en él profundas transformaciones. Habla alegóricamente de un incendio increíble provocado en su estado de ánimo por la lectura de esos libros, cuya fuerte impresión y entusiasmo suscitado le ha dado fuerza para superar el apego a las cosas externas, como los honores, las pompas, los halagos, los deseos de vana gloria; y para dirigirse al interior de sí mismo, conforme se puede apreciar en el propio texto: “*Y he aquí que unos libros, bien henchidos, como dice Celsino, esparcieron sobre nosotros los perfumes de la Arabia y, destilando unas poquísimas gotas de su esencia sobre aquella llamita, me abrasaron con un increíble incendio, ¡oh Romaniano!, pero verdaderamente increíble, y más de lo que tú piensas, y aún añadiré que más de lo que podía sospechar yo mismo. No me atraían ya los honores, la pompa vana, el deseo de la vana gloria, los incentivos y halagos de la vida mortal. Volvía rápidamente todo entero en mí mismo*”.²

¹ Cf. *Retr.* I,1,1.

² *Acad.* II, 2,5: Cum ecce tibi libri quidam pleni, ut ait Celsinus, bonas res arabicas ubi exhalarent in nos, ubi illi flammulae instillarunt pretiosissimi unguenti guttas paucissimas; incredibile, Romaniane, incredibile, et ultra quam de me fortasse et tu credis; quid amplius dicam? etiam mihi ipsi de meipso incredibile incendium concitarunt. Quis me tunc honor, quae hominum pompa, quae inanis famae cupiditas, quod denique huius mortalis vitae fomentum atque retinaculum commovebat? Prorsus totus in me cursim redibam.

Ya en la exposición del segundo relato en estudio, al hacer del olfato un puente para el recuerdo, es donde menciona tácitamente la religión cristiana. En su descripción se puede apreciar la diferencia en relación a la exposición del relato de la lectura anterior, pues en ésta Agustín muestra interés en dejar constancia acerca de los libros leídos y de su autor. Y si bien comience con una indicación que parece vaga, pues se refiere muy ampliamente a los libros de quienes siguen y viven la religión que de pequeño le había sido impresa³ inmediatamente menciona quien es el autor y la obra. Así afirma haber cogido el libro del apóstol Pablo, y haberlo leído todo entero; además de describir también como se aproximó de él y hasta el modo como lo leyó, según este texto: *“Y miré como de paso, así lo confieso, aquella religión que, siendo niño, me había sido inserida hasta las entrañas y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella. Así titubeando, apresurándome y hesitante, cojo con prisa al apóstol Pablo. Y digo, ciertamente esos no hubieran podido realizar tantas cosas, ni hubiesen vivido como consta que han vivido, si sus escritos y argumentos fuesen contrarios a este tan grande bien. Y lo leí todo entero con mucha atención y cautela”*.⁴

Es en este párrafo, por tanto, donde aparece por primera vez la palabra religión, y donde es descrita como un “bien tan grande”. Pero para poder continuar la explicación a respecto del significado del concepto de religión al que hace referencia en los mismos, y comprender las ilaciones existentes entre ambos, es conveniente conocer la situación existencial en la que se encontraba el autor de dichos pasajes en el momento de los acontecimientos expuestos. De este modo, se podrá entender con más precisión todo el alcance del impacto causado por la lectura de esos libros a los que hace referencia en los textos citados anteriormente. Y se podrá llegar a una mejor comprensión del valor y del significado de la religión a la que se refiere en esas lecturas. Pues fueron ambas lecturas que le llevaron, aunque por caminos diferentes, pero no disociados, y cada una con un peso y un valor propio, a un cambio radical en su pensamiento y en su estilo de vida.

Por eso, pasaré a analizar la situación concreta por la cual pasaba el joven Agustín en esa fase de los acontecimientos relatados en el libro segundo de *Contra los académicos*, en una simple secuencia descriptiva dividida en tres momentos importantes: La lectura del *Hortensius*, el desencanto con el maniqueísmo y la fuerza del escepticismo, y el influjo de los sermones de Ambrosio.

Tratase, por tanto, en esta primera exposición, de comprender la situación en la cual San Agustín se encontraba en el umbral de su conversión, cuando abandonado el maniqueísmo y desalentado por el escepticismo académico, cayeron en sus manos los denominados libros platónicos, cuya comparación con las cartas de San Pablo le llevó a abrazar la religión católica.

1. La lectura del Hortensius.

Cuando acontecieron estos hechos de los citados relatos, Agustín tenía aproximadamente treinta años y venía de una profunda decepción intelectual con los maniqueos. Ya a los diecinueve años otra lectura, el *Hortensius* de Cicerón, le había fascinado y marcado profundamente. Una lectura a la cual hace alusión en varias ocasiones y que coloca como la mecha que encendió la llama que le hizo arder en busca de la sabiduría, cuando en pleno ardor juvenil había querido remontar el vuelo de las cosas terrenas, dedicándose por completo a la

³ *Conf.* III,4,8. Como se puede ver en ese número de las *Confesiones*, es la religión cristiana.

⁴ *Acad.* II,2,5: Respexi tamen, confiteor, quasi de itinere in illam religionem, quae pueris nobis insita est, et medullitus implicata: verum autem ipsa ad se nescientem rapiebat. Itaque titubans, properans, haesitans arripio apostolum Paulum. Neque enim vere isti, inquam, tanta potuissent, vixissentque ita ut eos vixisse manifestum est, si eorum litterae atque rationes huic tanto bono adversarentur. Perlegi totum intentissime atque cautissime.



filosofía, como comenta en las *Confesiones*: “Pero el amor de la sabiduría tiene un nombre griego, filosofía, al cual me encendían aquellas páginas... Y yo en aquel tiempo, tú lo sabes, luz de mi corazón, como aún no conocía el consejo apostólico, sólo me deleitaba en aquella exhortación, no esta o aquella secta, sino en la misma sabiduría dondequiera que estuviese, para amarla y buscarla, y lograr retenerla y abrazarla fuertemente”.⁵

Esta lectura tuvo un gran impacto en la todavía precoz existencia del entonces principiante filósofo Agustín, pues le inflamó de tal manera que inmediatamente quiso dedicar su lozana inteligencia a la busca de la verdad⁶ de una forma cierta e irrefutable, a través de la razón como la filosofía prometía.⁷

2. Del maniqueísmo al escepticismo.

Fue tamaña la motivación, que en su ardiente deseo de encontrar la verdad se dejó seducir por las falsas promesas maniqueas de conocer la Verdad de una forma auténtica y clara, y de aprender en sus libros sobre los elementos de este mundo. Llegó a despreciar la religión católica que de niño le había sido inserida, al ser persuadido de que no pasaba de una superstición con la cual había sido aterrorizado, ya que el creer era irracional, y en ésta imperaba la fe ante la razón, como asegura en este pasaje de su obra *La utilidad de creer*, que dirige a su amigo maniqueo Honorato: “*Qué otra cosa me daba coraje, despreciada la religión que en mi infancia había sido depositada por mis padres, para oír y seguir más diligentemente aquellos hombres por cerca de nueve años, a no ser lo que decían que se nos imponía la fe ante la razón y se nos aterrorizaba con la superstición, ya que de no ser en primer lugar discutida y aclarada la verdad, a nadie se podía obligar a creer*”.⁸ Enfatiza, por tanto, lo que pocas líneas antes había expuesto acerca del motivo principal de llegar al desprecio de la religión católica, por haber sido atrapado en la red que la astuta doctrina maniquea preparaba como una trampa, para los incautos como él, que inflamados de amor por la sabiduría, eran seducidos por sus falsas promesas de poder abrazarla, si dejasen de lado la ‘terrible autoridad’ y siguiesen el camino de la razón: “*Tú sabes realmente, Honorato, que no otra causa nos hizo caer en tales hombres, sino lo que decían; que, a quienes quisieran oírles, dejando de lado la terrible autoridad, llevarían hasta Dios por la mera y simple razón y les librarían de todo error*”.⁹

Pero a medida que transcurrían los nueve largos años pasados con ellos en su busca de la verdad, se percataba que las argumentaciones maniqueas entraban en una clara contradicción con las explicaciones que había encontrado en los libros de los filósofos naturalistas.¹⁰ Pues recurrían a la lucha del bien y del mal para explicar todos los fenómenos naturales, así como los cambios de los días y las noches, o la sucesión del día y la noche, de los eclipses de la luna, del sol y otras cosas semejantes. Mientras que las explicaciones de éstos últimos le parecían cada vez más probables y mucho más ponderadas que las de los maniqueos que,

⁵ *Conf.* III,4,8: Amor autem sapientiae nomen graecum habet philosophiam, quo me accendebant illae litterae... Et ego illo tempore, scis tu, lumen cordis mei, quoniam nondum mihi haec apostolica nota erant, hoc tamen solo delectabar in illa exhortatione, quod non illam aut illam sectam, sed ipsam quaecumque esset sapientiam ut diligerem et quaererem et assequerem et tenerem atque amplexarem fortiter.

⁶ Cf. *Beata v.* I,4; *Util. cred.* I,1.

⁷ Cf. *Ord.* II,5,16.

⁸ *Util. cred.* I,2: Quid enim me aliud cogebat, annos fere novem, sprete religione quae mihi puerulo a parentibus insita erat, homines illos sequi ac diligenter audire; nisi quod nos superstitione terreri, et fidem nobis ante rationem imperari dicerent, se autem nullum premere ad fidem, nisi prius discussa et enodata veritate?

⁹ *Util. cred.* I,2: Nosti enim, Honorate, non aliam ob causam nos in tales homines incidisse, nisi quod se dicebant, terribili auctoritate separata, mera et simplici ratione eos qui se audire vellent introducturos ad Deum, et errore omni liberaturos.

¹⁰ Cf. *Conf.* V,5,9.



venidas a cuentas, no pasaban de fábulas que le habían hecho creer, después de haberle deslumbrado con la tentadora promesa de poder conocer la verdad por la sola razón.¹¹ Por eso, cuando constató la contradictoria falta de lógica racional entre lo que le proponían, y lo que le ofrecían de hecho, decidió abandonarles.

Todavía, y como los seguidores de Manes no consiguiesen responder a sus cuestionamientos remitiéndole siempre a un tal Fausto, a quien éstos consideraban como su mayor exponente, Agustín esperó la llegada del tal personaje, pues confiaba que éste le pudiese responder a todas sus preguntas. Pero, cual no fue su sorpresa, cuando percibió que gorjeaba las mismas cosas que éstos decían. Aunque lo sabía hacer más dulcemente, pues se trataba de un hombre que califica de simpático y de grata conversación.¹² Por eso, después de haber conocido tan falaz interlocutor perdió completamente el deseo de continuar en aquella secta, conforme se puede apreciar en esta declaración: *“Por lo demás, todo aquel empeño mío que había puesto en progresar en la secta se me acabó totalmente apenas conocí aquel hombre, mas no hasta el punto de separarme definitivamente de ella, pues no hallando de momento cosa mejor determiné permanecer provisionalmente en ella, en la que al fin había venido a dar, hasta tanto que apareciera por fortuna algo mejor, preferible”*.¹³

Él que se había dejado seducir generosamente, y había ofrecido a los maniqueos en las palabras de O’Meara: *“todas las oportunidades de dejarse conquistar”*¹⁴, tanto por su entusiasmo juvenil, como por su aguda inteligencia, finalmente percibió que, en vez de aproximarse a la verdad, se encontraba cada vez más lejos de ella.

En esa situación, en la cual experimentaba la crudeza de encontrarse tan lejos de la verdad, cuando pensaba estar tan cerca de alcanzarla, los argumentos escépticos de los académicos, que niegan el criterio para conocer la verdad, por tener como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre, comenzaron a hacerle mella: “Durante ese tiempo me vino también la idea de que los filósofos académicos habían sido los más prudentes, por tener como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre”.¹⁵

De este modo, se observa al joven retórico que notoriamente se aproxima al escepticismo académico, por cuyos jerarcas muestra una grande admiración y respeto, a comenzar por Cicerón, a quien llama cordialmente en *Contra los académicos* de *“nuestro Tulio”*.¹⁶ Movido seguramente por el estudio y conocimiento de su obra y el grato recuerdo de la lectura de su libro Hortensius, cuyo poder seductor, como ya se ha dicho, le atrajo en su mocedad para la busca de la verdad. Aunque en las Confesiones la simpatía da lugar a la imparcialidad y hable apenas de *“un tal Cicerón”*¹⁷, como aprecia Lévy¹⁸ en su estudio sobre el academicismo ciceroniano.

¹¹ Cf. Conf. V,14,24

¹² Cf. Conf. V,8,13.

¹³ Conf. V,8,13: Ceterum conatus omnis meus, quo proficere in illa secta statueram, illo homine cognito prorsus intercidit, non ut ab eis omnino separarer, sed quasi melius quicquam non inveniens, eo quo iam quoque modo irrueram, contentus interim esse decreveram, nisi aliquid forte, quod magis eligendum esset, eluceret.

¹⁴ O’Meara J.J., *The Young Augustine: The Growth of St. Augustine’s Mind up to his Conversion*, Longmans, Green and Co., London, 1954, p.109: “He had given it every opportunity to win him for itself”.

¹⁵ Conf. V,10,19: Etenim suborta est etiam mihi cogitatio, prudentiores illos ceteris fuisse philosophos, quos Academicos appellant, quod de omnibus dubitandum esse censuerant nec aliquid veri ab homine comprehendi posse decreverant.

¹⁶ Acad. III,18,41: nostrum Tullium.

¹⁷ Conf. III,4,7: perveneram in librum cuiusdam Ciceronis.

¹⁸ Cf. Lévy, C., *Cicero Academicus. Recherches sur les Académiques et sur la philosophie cicéronienne*, École Française de Rome, 1992, p.638.



El problema es que esta aproximación a los académicos, justamente por el respeto que tenía hacia ellos, le hace pasar por momentos de auténtico desánimo y pereza mental para seguir buscando la verdad. Pues si estos personajes a quienes consideraba “*varones enteramente prudentes y graves*”¹⁹, llegándoles a llamar “*varones agudísimos y doctísimos*”, no consiguieron encontrar la verdad, cabía preguntarse ¿quién más podría hacerlo?, como se desprende de este párrafo: “*No sé cómo introdujeron en mi alma la probabilidad de que el hombre no puede hallar la verdad, que me hice perezoso y completamente indolente, no atreviéndome a buscar lo que varones agudísimos y doctísimos no lograron descubrir*”.²⁰

Pero, sin tener como negar esas dificultades a las que le llevó la duda académica, Agustín no se dejó seducir tan fácilmente. Pues la misma duda inicial académica, le llevó no sólo a dudar de estar errado al pensar que la verdad no se pudiese encontrar y, por lo tanto, a desconfiar de no poder encontrarla; sino también a dudar de estar errado en el modo de buscarla. Esto porque le resultaba difícil entender que la inteligencia humana con toda su capacidad de perspicacia, tan sagaz y tan vivaz no fuese apta para conocer la verdad: “*Frecuentemente, volviendo a mirar atentamente, tanto cuanto era posible, la mente humana tan vivaz, tan sagaz y tan perspicaz, no pensaba que pudiese ignorar la verdad a no ser que se ocultase el modo de buscarla y que ese modo debería venirnos de alguna autoridad divina. Faltaba definir cuál era esa autoridad que nos prometen (académicos) cuando están metidos en discusiones*”.²¹

Por eso, la duda agustiniana, si bien que pase por momentos de escepticismo, no se puede decir que sea igual a la duda académica. Pues le llevó a dudar no sólo de poder encontrar la verdad porque los sentidos engañan, mas, sobre todo, -y aquí está la diferencia-, le llevó a dudar de la manera de buscarla, y en dónde poder encontrarla. Ya que, tal vez, pensaba, no la encontrase porque no sabía cómo hacerlo, ni dónde buscarla. **Por eso se hace necesario reconocer que la duda académica tuvo el mérito de servirle de tabla de salvación, en el naufragio a que le condujo el maniqueísmo. Este es un mérito del escepticismo académico en Agustín, y debe ser valorizado por esto. Porque le sirvió de acicate y de estímulo, al desafiar su inteligencia, que no se conformaba con claudicar delante de las argumentaciones que llevaban a las personas a un desánimo y apatía mental, y a desconfiar del modo o método de buscarla.**

Para encontrar ese modo parece admitir que la influencia académica le ofrecía la posibilidad de estar abierto a aceptar una autoridad divina²², pero la mayor dificultad en esa busca, como afirma en las *Confesiones*²³, consistía en no ser capaz de dar su asentimiento a las cosas que no veía, a no ser que pudiese entenderlas como entendía que dos y tres eran cinco, ya fuesen corporales, ausentes de sus sentidos, o espirituales, sobre las que no era capaz de pensar sino corporalmente. A esta misma dificultad se refiere en *Contra los académicos* cuando pide para evitar la presunción de saber algo, si no es como la suma de $1+2+3+4=10$.²⁴ O sea, la

¹⁹ *Acad.* II,10,24: illi mihi videntur graves omnino ac prudentes viri fuisse.

²⁰ *Acad.* II,9,23: Nescio quo enim modo fecerunt in animo quandam probabilitatem -ut ab eorum verbo nondum recedam- quod homo verum invenire non possit; unde piger et prorsus segnus effectus eram nec quaerere audebam, quod acutissimis ac doctissimis viris invenire non licuit.

²¹ *Util. cred.* I,8,20: Saepe rursus intuens quantum poteram, mentem humanam tam vivacem, tam sagacem, tam perspicacem, non putabam latere veritatem, nisi quod in ea quaerendi modus lateret, eundemque ipsum modum ab aliqua divina auctoritate esse sumendum. Restabat quaerere, quoniam illa esset auctoritas; eum in tantis dissensionibus se quisque illam traditurum polliceretur.

²² Esta autoridad no se refería a la autoridad de una revelación divina, sino al influjo de una gracia, o *týkhe* divina especial para que el hombre filosófico pudiese sobrepasar los obstáculos de una educación inadecuada y la nefasta influencia de los sofistas. Cf. Jaeger W., *Paideia. A formação do homem grego*, WMF Martins Fontes, Tradução de Artur M. Parreira, São Paulo 2013, p.858.

²³ Cf. *Conf.* VI,4,6.

²⁴ Cf. *Acad.* II,3,9.



racionalidad de su inteligencia no le permitía creer, a no ser que estuviese todo racionalmente y evidentemente claro, como él mismo lo expresa en este texto de las Confesiones: *“Por eso retenía a mi corazón de todo asentimiento, temiendo dar en un precipicio; más con esta suspensión me mataba yo mucho más, porque quería estar tan cierto de las cosas que no veía como lo estaba de que dos y tres son cinco, pues no estaba tan demente que creyese que ni aun esto se podía comprender...Es verdad que podía sanar creyendo; y de este modo, purificada más la vista de mi mente, poder dirigirme de algún modo hacia tu verdad, eternamente estable y bajo ningún aspecto defectible. Mas como suele acontecer al que cayó en manos de un mal médico, que después recela de entregarse en manos del bueno, así me sucedía a mí en lo tocante a la salud de mi alma”*.²⁵

Esta aproximación a la academia no deja de tener su importancia en este momento de dificultad y de abandono del maniqueísmo. Pues a pesar de los momentos de desánimo por los que pasó, le ayudó a mantener la llama encendida en su busca de la verdad y, de este modo, a empuñar el timón contra todas las turbulencias que se le avecinaban, conforme sus propias palabras: *“Y examinados atentamente les abandoné (maniqueos), principalmente en este trayecto de mar, donde hace tiempo los académicos tuvieron mi timón en la lucha contra todos los vientos en medio de las turbulencias”*.²⁶

3. El influjo de los sermones de Ambrosio.

En esta trayectoria del maniqueísmo al escepticismo académico Agustín se describe inflamado por aquella llama, que le avivó el amor a la verdad y le despertó a la filosofía, lanzándole a su busca. Llama que viene a ser un símbolo, que usa por primera vez en la descripción que hace aquí en el texto en estudio de Acad. II,2,5. Símbolo alegórico que transformará en verdadero hilo conductor para describir su trayectoria, cuya raíz tiene su origen en el mismo Creador, como se verá en su momento.

En realidad, fue esa llama la que le condujo, aunque por rumbos errados y, a veces, a la deriva, en su busca juvenil de la verdad. No en vano la literatura y la iconografía le han mostrado, muchas veces, a través de ese símbolo, y le han descrito como un hombre de corazón ardiente, inquieto o apasionado, y hasta representado con un corazón inflamado en una llama.

De hecho, esa misma ‘llama’, o ‘llamita’, como la designa en *Contra los académicos*, es la que permitió, - inflamado como estaba por ella-, que fuese seducido por la doctrina de los seguidores de Manes. Y, al mismo tiempo, la que le llevó a leer otros filósofos que le mostraron la falsedad y el engaño del maniqueísmo, sin dejar que la decepción con ellos apagase su ardor por la sabiduría. Tal vez el diminutivo de ‘llamita’, usado en la expresión de la exposición en vista, pueda querer significar cómo la desilusión con ellos le disminuyó un tanto su fogosidad, sin por eso apagarse. Pues a pesar de ese ardor disminuido, todavía le permitió seguir buscando y aproximarse de los académicos, por cuyos personajes sentía un grande respeto y admiración.

No se puede olvidar que el mismo Cicerón, de quien se sentía deudor y cuyos escritos eran conocidos por Agustín por su selecta formación, se declara escéptico al final de su *Académicos*. Y aunque la apatía y el desánimo del escepticismo académico, junto con la decepción con los maniqueos, le hiciesen mella; se puede

²⁵ *Conf.* VI,4,6: Tenebam enim cor meum ab omni assensione timens praecipitium et suspendio magis necabar. Volebam enim eorum quae non viderem ita me certum fieri, ut certus essem, quod septem et tria decem sint. Neque enim tam insanus eram, ut ne hoc quidem putarem posse comprehendi... Et sanari credendo poteram, ut purgatior acies mentis meae dirigeretur aliquo modo in veritatem tuam semper manentem et ex nullo deficientem; sed, sicut evenire assolet, ut malum medicum expertus etiam bono timeat se committere, ita erat valetudo animae meae.

²⁶ *Beata v.* I,4: At ubi discussos eos evasi, maxime traiecto isto mari, diu gubernacula mea repugnantia omnibus ventis in mediis fluctibus Academi tenuerunt.



decir que, durante el tiempo que permaneció entre el abandono del maniqueísmo y la atracción por la academia, fue esa llamita, -que todavía permanecía encendida-, la que le mantuvo la disposición de continuar buscando la verdad por otros medios; aunque no claudicase de su racionalidad para poder aceptarla. De este modo, el mismo Agustín conduce y permite entender mejor la secuencia que hace de su itinerario.

Pero, si ese ardor por la sabiduría le permitió no resignarse a dejar de escudriñar la verdad, buscando el modo o la manera de poder llegar hasta ella, su abertura, en el modo de hacerlo, le llevó a frecuentar asiduamente los sermones de Ambrosio, Obispo de Milán. Esto le consintió acercarse a la católica, atraído tanto por la curiosidad y la gran notoriedad de su fama de orador, cuanto por su indiscutible elocuencia; y comprobar “in loco” si realmente procedían las acusaciones que los maniqueos la atribuían. Para comenzar, destaca la modestia con la cual el insigne Obispo enseñaba, sin la contumaz arrogancia a la cual estaba habituado en las filas maniqueas. Pero también, poco a poco, era cautivado igualmente por el contenido de sus palabras.²⁷

Tal vez un análisis prematuro pudiese inadvertidamente hacer pensar que Agustín cedió de alguna manera a su exigente racionalidad; o que se hubiese dejado seducir fácilmente por los elocuentes sermones del admirado obispo milanés, haciéndose catecúmeno en la Iglesia Católica.

En realidad, sólo una aproximación más detenida al texto donde narra la descripción que hace de este tiempo de permanencia como catecúmeno, permite apreciarlo mejor. También debe considerarse que el escepticismo académico igualmente desempeñó un papel importante en este acercamiento a la católica. Pues, aparte de la duda metodológica que le llevó a no desistir de continuar buscando la verdad, y a probar por otros medios y métodos, también le predispuso a que, metodológicamente, se pudiese admitir una autoridad divina.

Si se observa el texto donde relata su decisión de permanecer como catecúmeno en la Iglesia católica, se encuentra el adverbio “*tamdiu*” y poco más adelante la conjunción “*donec*”, que indican con precisión el tiempo de su catecumenado determinado por la oración compuesta entre esas dos locuciones.²⁸ Con lo cual, se puede definir su tiempo de catecumenado, como un tiempo provisional en la esperanza de poder encontrar algo durante esa permanencia, como él mismo lo indica en el relato: “*hasta que brillase algo cierto donde dirigiese el rumbo*”.²⁹ O sea, hasta que encontrase la manera o el modo de poder dirigirse a algo con más seguridad, o superase las dudas que le afligían.

Por lo tanto, observamos un Agustín que, atizado por la llama que todavía ardía en él, y sin ceder a su claridad de comprensión, experimenta otros medios y caminos para encontrar la verdad. Aunque todavía bastante inseguro e incierto en su busca, pero más abierto y cauteloso.

O sea, a pesar de la frustración con los seguidores de Manes por no conseguir resolver sus dudas, y después de una larga permanencia en sus filas, Agustín se mueve en una arena compuesta por los varones de la academia, a quienes respeta y admira,³⁰ y cuya doctrina le auxilió a no hundirse en el mar agitado por tantas turbulencias. Pues su escepticismo le ayudó a dudar del modo de buscarlo y, por lo tanto, a poder superarlo, impulsado por aquella llama que le inflamó de amor por la sabiduría. Le llevó, por tanto, a abrirse a nuevas formas de buscar la verdad, y a nuevos areópagos adónde acudir para encontrarla. Lo que le permitió su

²⁷ Cf. *Conf.* VI,5,7.

²⁸ *Conf.* V,14,25: Statui ergo tamdiu esse catechumenus in catholica Ecclesia mihi a parentibus commendata, donec aliquid certi eluceret, quo cursum dirigerem

²⁹ *Conf.* V,14,25: donec aliquid certi eluceret, quo cursum dirigerem.

³⁰ *Acad.* III,17,38: Arcesilao ocultó la doctrina de la Academia y la cubrió como oro, para que la descubriesen alguna vez los venideros, y así no fuese atropellada por Zenón.



ingreso como catecúmeno en la Iglesia católica para continuar a indagar racionalmente por otros caminos y lecturas, hasta hallar algo cierto para dónde dirigirse.

Un escenario en el que le descubrimos, apoyados en sus propias palabras: un tanto desorientado en cuanto al camino a seguir, por el desengaño con el maniqueísmo; y otro tanto dudoso en cuanto al modo de hacerlo, por la influencia del escepticismo. Por lo tanto, más maduro y más cauto pero sin renunciar racionalmente a la busca de la verdad, donde quiera que esta se pudiese encontrar.

La reflexión racionalista del catecúmeno Agustín.

A pesar de la explicación dada por el mismo Agustín frente al hecho de su inscripción como catecúmeno en la Iglesia católica: *“mientras no brillase algo cierto hacia dónde dirigirse”*, todavía se hace necesario una mayor profundización. Pues, ¿cómo se puede entender que no cediese a una comprensión racional en su busca de la verdad, y se inscribiese como catecúmeno en la Iglesia católica, que exigía la fe? Para responder a esta cuestión hay que considerar qué motivaciones tenía Agustín para hacerlo, pues sólo así se comprenderá mejor el significado de esa decisión.

La primera motivación que debe ser apreciada, aunque aparentemente parezca contradictoria, ya está incluida en la misma formulación de la pregunta anterior. Se refiere al ya explicado deseo de la búsqueda racional de la verdad, al cual no renunciaba. Y a pesar de estar bastante afectado por el desengaño de la seducción maniquea de mostrársela racionalmente³¹ y la consecuente fuerza que la escéptica propuesta académica ejercía en su ánimo, todavía ardía en su corazón, aunque más tenuemente e incierta.

La segunda dice relación a la aversión que el mismo maniqueísmo le había inculcado frente a la fe, por tratarla como irracional, apartándole de la fe en la que de niño había sido instruido por su madre, que era una fervorosa católica.

En esa situación en la que estas dos motivaciones que, en principio caminaban juntas, pues, por un lado, no desistía de conocer la verdad racionalmente, y por otro, estaba convencido que creer era algo irracional, es cuando comienza a escuchar, -ávido como estaba-, la oratoria del afamado obispo Ambrosio. Y aquí es donde se hace necesario analizar lo que aconteció en Agustín frente a estas dos que aparecían, -aparentemente-, como fuertes convicciones, cuando en realidad no pasaban de deslumbramientos, ya que no se podía apoyar en ninguna evidencia palpable, al no saber cómo se podía conocer la verdad por la razón, y no haber comprobado aún si su desprecio por la fe tenía o no fundamento.

Dicho esto, se puede apreciar cómo Agustín comienza a percibir en las explicaciones del admirado orador milanés, que exponía ciertas verdades de fe de una forma racional, sin prometer la ciencia, y sin exigir creer en fábulas absurdísimas, que después no se conseguían demostrar, como era el caso de los maniqueos.³²

Estas explicaciones, junto con otras lecturas a las que recurre en ese tiempo, hacen que se desencadene en su inteligencia un nuevo proceso de reflexión personal, que le harán examinar el doble deslumbramiento sufrido con la doctrina maniquea, por la tentadora promesa de poder conocer la verdad por la sola razón, al exaltar su supremacía³³, y por el desprecio de la fe por su irracionalidad. Ambas serán sopesadas, junto con el consecuente descrédito de la autoridad de la Iglesia católica y de las *Sagradas Escrituras*.

³¹ Cf. *Util. cred.* IX,21; *Conf.* III,6,10.

³² Cf. *Conf.* VI,5,7.

³³ Cf. *Conf.* V,14,24.



Frente a la primera, no cederá a pesar del desengaño con el maniqueísmo y el escepticismo académico, y se resistirá a aceptar que la inteligencia, como ya se ha visto, no sea capaz de llegar racionalmente a la verdad. Se reafirmará en su convencimiento, e intentará encontrar el modo o la manera de hacerlo.

Pero frente a su reprobación de la fe, el hecho de haber comprobado personalmente que en la católica no se enseñaba aquello que la achacaban, y que había personas capaces de razonar lo que creían, le hizo cuestionarse seriamente acerca del tiempo desperdiciado por ir tras prestigio y honras, y no dedicarse a profundizar sobre lo que estaba constatando, como asegura en este pasaje de las Confesiones: “Es necesario tiempo y dedicar horas a la salud del alma. Nace una gran esperanza. La fe católica no enseña lo que pensábamos y, necios, la acusábamos. Sus doctores tienen como impío atribuir a Dios figura humana. ¿Y dudamos llamar para que se nos revelen las otras cosas? Las horas de la mañana las ocupamos con los discípulos, ¿qué hacemos del resto? ¿Por qué no emplearlas en esto? Pero ¿cuándo saludamos a los amigos poderosos, de cuyos favores tenemos necesidad? ¿Cuándo preparamos lo que compran los estudiantes? ¿Cuándo nos reparamos a nosotros mismos relajando el espíritu con la atención de los cuidados? Perezcan todas y dejemos estas cosas vanas y vacías y recojámonos a la sola investigación de la verdad”.³⁴

Una reflexión que le lleva, por tanto, a redoblar el deseo de dedicarse por completo a lo que realmente más deseaba, a la búsqueda de la verdad, con todo su ardor, y con toda su inteligencia. No obstante, estos pensamientos, también le venían otros muchos contrarios que le hacían vacilar y le continuaban a retener en su deseo de ir más hondo en su investigación.³⁵ Pero, dado que la búsqueda de la verdad por la razón tendrá secuencia más adelante con la lectura de los libros platónicos, lo que interesa es poner al descubierto el momento de reflexión por el que pasa Agustín a respecto de la máxima maniquea sobre la irracionalidad de la fe, que tanto le habían inculcado, y sobre la falta de autoridad de la Iglesia católica que se apoyaba, justamente, en esa fe exigida a sus fieles, y tildada por el maniqueísmo de irracional; pues fue esa amplia y seria reflexión, que le llevó al ardoroso deseo de querer comparar las *Sagradas Escrituras* con los dichos libros platónicos.

Aunque resulta difícil diferenciar el momento en el que se inicia la reflexión sobre la irracionalidad de la fe, y sobre la autoridad de la Iglesia católica y la verdad de las *Sagradas Escrituras*, por lo que envuelve de sutileza, la reflexión de Agustín se dirige a ambas. Pues la fe no es sólo necesaria para creer en aquello que así lo exige la autoridad de la Iglesia, sino que la misma realidad del día a día, de alguna manera, exige dar fe a lo que se afirma y se cree sin haberlo visto. Racionalmente constataba que eran muchas las cosas que, sin nunca haberlas visto, se creían. Como aquellas que se afirmaban en los libros de los gentiles, referentes a médicos, lugares, ciudades, o a personas amigas, y a toda clase de hombres. Incluso la creencia en la paternidad de los mismos padres no dejaba de ser un hecho de fe razonable. La propia realidad le atestiguaba con toda obviedad que la fe no era una cosa irracional en sí misma. El creer, por tanto, no sólo no era irracional, como se imponía necesariamente por sí solo, como asevera en el pasaje a seguir, en donde deja claro su convencimiento de que si no se creyesen estas cosas no se podría hacer nada en la vida: “*que, si no las creyéramos, nada en absoluto haríamos en esta vida*”.³⁶ Se le abrió, de esta manera, el camino para un análisis racional de la fe, que a no ser por los sermones de Ambrosio, tal vez nunca se hubiese cuestionado.

³⁴ *Conf.* VI,11,18-19: Deputentur tempora, distribuuntur horae pro salute animae. Magna spes oborta est: non docet catholica fides, quod putabamus et vani accusabamus. Nefas habent docti eius credere Deum figura humani corporis terminatum. Et dubitamus pulsare, quo aperiantur cetera? Antemeridianis horis discipuli occupant; ceteris quid facimus? Cur non id agimus? Sed quando salutamus amicos maiores, quorum suffragiis opus habemus? Quando praeparamus quod emant scholastici? Quando reparamus nos ipsos relaxando animo ab intentione curarum? Pereant omnia et dimittamus haec vana et inania: conferamus nos ad solam inquisitionem veritatis.

³⁵ Cf. *Conf.* VI,11,19-20.

³⁶ Cf. *Conf.* VI,5,7: quae nisi crederentur, omnino in hac vita nihil ageremus.



A esta primera reflexión se pueden añadir otros muchos textos que el mismo Agustín aduce³⁷. Baste como ejemplo la fidedigna y estereotipada paternidad de un individuo, que añade ser creíble por el testimonio de la madre. Acontece que hasta ella misma no puede tener certeza de su propia maternidad, ya que ha podido ser engañada por las comadronas, nodrizas o criadas, y el hijo verdadero haber sido substituido por otro, sin ella misma haberlo notado. Con lo cual, al ser una cosa que reconocidamente no se puede saber con certeza, se hace necesario creerlo y confiar en el testimonio de la madre que, por su vez, cree en el testimonio de las otras personas que la atendieron en el parto, y que así se lo hicieron saber. Cosa que, de no ser así, o sea, si no se creyese lo que no se puede ver, no quedaría nada incólume en la sociedad, y se atentaría contra el vínculo más sagrado del género humano: *“¿Quién no ve que, de no ser así, se atenta contra la piedad, el vínculo más sagrado del género humano, con la mayor perfidia? ¿Podrá haber un hombre que, por necio que sea, estime censurables los cuidados para con los que creemos nuestros padres, aun cuando no lo fueran? Por el contrario, ¿no pensaría que merece el exterminio quien, por temor a que no lo fueran, niega el amor a sus posibles padres verdaderos? Múltiples razones podrían aducirse para poner en claro que de la sociedad humana no quedaría nada firme si nos determináramos a no creer más que lo que podemos percibir por nosotros mismos”*.³⁸

Esta reflexión la extiende a la que ya había hecho como consecuencia de la deprimente impresión que le había dejado el tal Fausto, máximo exponente de aquella doctrina gnóstica de los maniqueos, al constatar la elocuente vaciedad de las respuestas dadas a sus cuestionamientos. Todo ello le propició motivos más que suficientes para también preguntarse a respecto de la veracidad de las cuestiones levantadas y enseñadas por los secuaces de Manes contra la Iglesia católica. Al final, no sólo le habían persuadido, de que el creer era algo irracional, sino también de que debería creerse lo que se enseña, y no lo que apenas se manda, como lo señala en el siguiente pasaje de La vida feliz: *“Y me persuadí que, es preferible creer a los que enseñan, que a los que mandan”*.³⁹ La primera parte de la sentencia la aplica a los maniqueos, y la segunda a la Iglesia católica, porque le habían convencido de que en ésta se mandaba creer por la autoridad que ella se arrogaba.

Con lo cual, se puede entender mejor que, aunque el primer paso de su aproximación hacia la Iglesia católica haya sido por el deseo de escuchar la elogiada oratoria del afamado obispo milanés, —como hace cuestión de indicarlo—⁴⁰ la asidua audiencia a sus sermones le hayan hecho comprender, —como también hace cuestión de subrayar en el pasaje a seguir—, que en la Iglesia católica no se mandaba creer engañosamente en cosas que no fuesen razonadas y razonables: *“Sin embargo, desde esta época empecé ya a dar preferencia a la doctrina católica, porque me parecía que aquí se mandaba con más modestia, y de ningún modo falazmente, creer lo que no se demostraba —fuese porque, aunque existiesen las pruebas, no había sujeto capaz de ellas; fuese*

³⁷ Cf. Véase al respecto los claros y exhaustivos artículos de Cipriani N., *Introducción a la teología de San Agustín*, pp.29-89; *La teología fundamental agustiniana*, pp.121-183, en *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*, II *Teología Dogmática*, Edicep C.B., Valencia 2005.

³⁸ *Util. cred.* XII,26: Quis enim non videat pietatem, nisi ita sit, sanctissimum generis humani vinculum, superbissimo scelere violari? Nam quis vel insanus eum culpandum putet, qui eis officia debita impenderit quos parentes esse crediderit, etiamsi non essent? Quis contra non exterminandum iudicaverit, qui veros fortasse parentes minime dilexerit, dum ne falsos diligat metuit? Multa possunt afferi, quibus ostendatur nihil omnino humanae societatis incolume remanere, si nihil credere statuerimus, quod non possumus tenere perceptum.

³⁹ *Beata v.* I,4: mihique persuasi docentibus potius quam iubentibus esse credendum.

⁴⁰ Cf. *Conf.* VI,3,4.



*porque no existiesen—, que no allí, en donde se despreciaba la fe y se prometía con temeraria arrogancia la ciencia y luego se obligaba a creer una infinidad de fábulas absurdísimas que no podían demostrar”.*⁴¹

Y aunque los académicos le hicieron balancear también con sus enseñanzas, al pensar que tal vez tuviesen razón, por considerarles varones cultos e instruidos, les coloca entre quienes en la práctica se inclinaban más por la imposibilidad de la ciencia que por la de la fe, pues no se podría hablar de probabilidad de algo si no se creyese al menos posible: *“Aun aquellos mismos que en la práctica aseguran atenerse a razones probables se inclinan más bien por la imposibilidad de la ciencia que por la de la fe; porque ¿quién hay que admita algo y no lo crea? ¿O cómo puede ser probable lo que admiten si no se aprueba?”*⁴²

Llega, así, a la conclusión de que no se puede llamar a nadie temerario por seguir las cosas que todavía no ha llegado a comprender, ya que lo que comprendemos se debe a la razón, mientras que lo que creemos se debe a la autoridad, y lo que opinamos o conjeturamos al error. Por eso el creer algo movido por la autoridad, evita el error de conjeturar que se sabe algo: *“Todo esto se ha dicho para que comprendamos que no somos temerarios si seguimos las mismas cosas que no alcanzamos a comprender; porque los que sostienen que sólo ha de creerse lo que se sabe, evitan que se les llame suspicaces, nombre bajo y vergonzoso. Una diligente reflexión sobre la gran diferencia que hay entre pensar que, se sabe algo y creer, movido por la autoridad, lo que de cierto se ignora, nos evitará la inculpaición de error, de incultura y de soberbia”.*⁴³

Con estas reflexiones inicia el desbloqueo intelectual que le apartaba de la autoridad de la Iglesia católica que, aunque todavía no le permitía encontrar todas las respuestas a sus muchas preguntas, le consentía acercarse a ella y superar, poco a poco, algunos de los principales prejuicios inculcados por el maniqueísmo para continuar a investigar sobre su credibilidad y racionalidad. Dándole más crédito y teniéndola en un concepto más alto. Hasta el punto de llegar a apuntarse en ella como catecúmeno, en la esperanza de encontrar algo a donde pudiese finalmente dirigir su ardiente deseo de búsqueda de la verdad. Muestra, de este modo, el grado de confianza que, aunque todavía embrionario, ya comenzaba a aparecer en la seguridad que le propiciaba aquella fe que su madre le había transmitido de pequeño, y tantas veces le había insistido de adulto, como se puede percibir en el siguiente parágrafo: *“Con efecto busquemos con más diligencia y no desesperemos. He aquí que aquellas cosas que se percibían absurdas en los libros eclesiásticos ya no eran absurdas, y pueden entenderse exactamente de otro modo. Fijaré los pies en aquella posición, en la que de pequeño me habían puesto mis padres, hasta que la verdad se descubra límpida”.*⁴⁴

Se perfila, por tanto, un Agustín que, sin abrir mano de su racionalidad y, justamente, embreñado en esa búsqueda racional de la verdad, comienza a descubrir que aquella irracionalidad de la fe que los maniqueos

⁴¹ *Conf.* VI,5,7: Ex hoc tamen quoque iam praeponens doctrinam catholicam modestius ibi minimeque fallaciter sentiebam iuberi, ut crederetur quod non demonstrabatur (sive esset quid, sed cui forte non esset, sive nec quid esset) quam illic temeraria pollicitatione scientiae credulitatem irrideri et postea tam multa fabulosissima et absurdissima, quia demonstrari non poterant, credenda imperari.

⁴² *Utili. cred.* XI,25: Quamquam in illis etiam qui se in agendo probabilia sequi dicunt, scire potius nihil posse, quam nihil credere, volunt videri. Quis enim quod probat non credit? aut quomodo est illud quod sequuntur, si non probatur, probabile?

⁴³ *Utili. cred.* XI,25: Haec dicta sunt, ut intellexeremus nos retenta fide, illarum etiam rerum quas nondum comprehendimus, a temeritate opinantium vindicari. Nam qui dicunt nihil esse credendum nisi quod scimus, hi unum cavent nomen opinionationis, quod fatendum est turpe ac miserrimum: sed si diligenter considerent plurimum interesse, utrum se scire quis putet, an quod nescire se intellegit, credat aliqua auctoritate commotus; profecto errores et inhumanitatis atque superbiae crimen evitabunt.

⁴⁴ *Conf.* 6,11,18: Immo quaeramus diligentius et non desperemus. Ecce iam non sunt absurda in libris ecclesiasticis, quae absurda videbantur, et possunt aliter atque honeste intellegi. Figam pedes in eo gradu, in quo puer a parentibus positus eram, donec inveniatur perspicua veritas.



atribuían a la Iglesia católica, y que les servía de anzuelo para atraer a los incautos, no se sustentaba. Esto lo observa en esa señalada aproximación suya a la Iglesia católica, en la que poco a poco, pudo constatar personalmente las verdades y falsedades que había oído al respecto. Abriéndole la inteligencia, y ayudándole a superar aquellas nefastas acusaciones sobre la misma, al constatar que muchas de éstas eran engañosas y falsas.

Algunas de estas falsedades hacían relación al hecho de que, -conforme le habían hecho creer puerilmente los maniqueos-, la Iglesia católica aseverase que Dios estaba dotado de cuerpo humano, y confinado en un lugar, aunque sumo y amplio; pero al fin limitado por la figura de los miembros humanos. Ésta era la razón para explicar el texto escriturístico en el que se decía que Dios había hecho el hombre a su imagen, cuando, en realidad, lo que la Iglesia católica afirmaba era una cosa bien diferente; pues no le atribuía una figura corporal, sino una sustancia espiritual, en la que no había miembros mayores ni menores. Tampoco se reducía a ningún lugar, ya que estaba todo en todas partes.⁴⁵

Otra falsedad que le habían hecho creer los loadores de Mani, era que las *Antiguas Escrituras* de la ley y los profetas enseñaban la perversidad y, por tanto, eran absurdas. Cuando su riqueza estaba en el entendimiento del verdadero sentido de su contenido, que era mucho más profundo y espiritual, como lo había comprobado en las continuas explicaciones del erudito obispo Ambrosio, impartidas a través de sus pulidos, pero sobre todo razonados y argumentados sermones.⁴⁶

Manifiesta con estas aclaraciones la importancia de una fe que no ofendiese en nada a la misma razón, y que movido por el íntimo y encendido deseo que continuaba a arder en su pecho de la busca racional de la verdad, pudiese ser investigada la verdad de su afirmación. No dejándose ofuscar por prejuicios o falsas afirmaciones, como asegura pudo certificarse a respecto de las Sagradas Escrituras, cuando comprendió su sentido espiritual: “no decían nada que pudiera ofenderme, aunque todavía ignorase si las cosas que decía eran o no verdaderas”.⁴⁷

4. Conclusión

Ratifica, en este momento de su vida, la importancia que tuvo la recuperación de la razonabilidad de la fe, y con ella de la fe en la autoridad de la Iglesia católica y en las Sagradas Escrituras, ante las que tantos prejuicios le habían criado las sediciosas y falsas acusaciones maniqueas; como lo confirma con esta valiosa descripción de la comprensión racional a la que en aquellos momentos había llegado a través de la fe, al haber conseguido superar algunos de los breves maniqueos, astrológicos y matemáticos: “Ya me habías sacado, ayudador mío de aquellas ligaduras; y aunque buscaba el origen del mal y no hallaba su solución. Pero no permitías ya que las olas de mi razonamiento me apartasen de aquella fe, por la cual creía que eres, que tu sustancia es inmutable, que tienes cuidado de los hombres, que has de juzgarles a todos y que has puesto el camino de la salud humana, en orden a aquella vida que ha de sobrevenir después de la muerte, en Cristo, tu hijo y Señor nuestro, y en las Santas Escrituras, que recomiendan la autoridad de tu Iglesia católica”.⁴⁸

⁴⁵ Cf. *Ibid.* 6,3,4; 6,4,5.

⁴⁶ Cf. *Ibid.* 6,4,6.

⁴⁷ *Ibid.* 6,4,6: non dicens quod me offenderet, quamvis ea diceret, quae utrum vera essent adhuc ignorarem.

⁴⁸ *Ibid.* 7,7,11: lam itaque me, adiutor meus, illis vinculis solveras, et quaerebam, unde malum, et non erat exitus. Sed me non sinebas ullis fluctibus cogitationis auferri ab ea fide, qua credebam et esse te et esse incommutabilem substantiam tuam et esse de hominibus curam et iudicium tuum et in Christo, filio tuo, Domino nostro, atque Scripturis sanctis, quas Ecclesiae tuae catholicae commendaret auctoritas, viam te posuisse salutis humanae ad eam vitam, quae post hanc mortem futura est.



Confirma, al mismo tiempo, la fe en la existencia de Dios y su actuación providente con el género humano⁴⁹. Algo, que ni el gnosticismo maniqueo, ni las muchas opiniones contrarias que en los muchos libros de los filósofos había leído, le habían conseguido disuadir.

Se observa, por lo tanto, un Agustín que, en el año 385, y antes de la lectura de los libros platónicos, avanza otro peldaño en su búsqueda racional de la verdad, al descubrir que ni todo lo que se manda creer tiene porqué ser irracional. Pues al oír a Ambrosio se había convencido del embrollo falaz de la argumentación maniquea en la crítica que hacían a la Iglesia católica, junto a aquella otra a las Sagradas Escrituras, al descubrir que no sólo no eran absurdas, sino que eran perfectamente razonables. Lo que le ayudó a recuperar la fe en las cosas que la autoridad de la Iglesia católica mandaba creer.

Aunque todavía ignorase lo que debía sentir de la substancia de Dios, y cuál era el camino que conducía hasta Él; así como de dónde venía el mal⁵⁰ -pues no conseguía encontrar una solución razonable-, ya no se dejaba llevar por las olas de los falsos razonamientos que le apartaban de esa fe. Pues, aunque cauteloso por la duda académica, no desistía de buscar la manera de llegar a la verdad. De tal modo, que lo que para algunos podría haber sido el inicio de una capitulación frente al prudente decir de tan admirados y prudentes varones académicos⁵¹ en Agustín se volvió el umbral de un verdadero desafío, que le quería confinar aquel ardor por poseer la sabiduría a un contentarse apenas con buscarla.

Así, la llama que aún ardía en su corazón, le permitía continuar abierto a la esperanza de hallarla, y al estudio de otras lecturas que le pudiesen ayudar a superar las dudas que, todavía le sofocaban⁵², y para las cuales todavía no conseguía encontrar una explicación convincente y racional.

Éste, pues, sería el contexto en el cual se encontraba Agustín, en el momento de la descripción de las lecturas expuestas en Acad. II,2,5, arrastrado siempre por la llama de la verdad, que le sirvió de verdadero hilo conductor en este trayecto de su vida en busca de la verdad.

ACERCA DEL AUTOR

P. Pelayo Moreno Palacios, OSA, es Licenciado en Filosofía; Licenciado en Pedagogía con Especialización en Orientación Educacional, Magisterio y Administración Educacional I y Licenciado en Teología y Ciencias Patrísticas.

Además, es Máster en Filosofía, Doctor en Filosofía, Doctor en Teología y Ciencias Patrísticas.

⁴⁹ Cf. *Ibid.* 5,5,7-8.

⁵⁰ Cf. *Conf.* VII,7,11.

⁵¹ Cf. *Acad.* II,10,24.

⁵² Cf. *Conf.* VII,7,11.